

fortunita, tal vez expendiendo leche, y que vive allí en su nativa cueva que ha exornado y embellecido, solo, sin tratarse con nadie, envuelto en sus recuerdos, protegiendo acaso su soñarrera, y á quien tan sólo porque no oye misa se le llama el masón. No se trata con nadie, evita el comercio humano, atiende y festeja á quien acierta á visitarle en su retiro; pero, si luego le encuentra, ni aun lo saluda. Toda una vida también, como la de D. Segismundo, el de Artenara. Y tal vez estos rincones no se han hecho para otra clase de vida. ¿Quién acierta? ¿quién sabe vivir? No cabe aquí sino aquella nuestra castiza frase, tan castiza que hay escritores extranjeros conocedores del español que se han creído obligados alguna vez á tomárnosla, y decimos nosotros y en nuestro romance: ¡quién sabe!...

Bajamos á los Tilos desde la finca de San Fernando por un abrupto atajo. Y allí, en el fondo, una riqueza de frondosidad. Y un arroyo, un verdadero arroyo, con agua fresca, rumorosa y corriente. En ella hundí mis pies enardecidos y en el chorro de una fuente chapucé mi cabeza. ¡Qué lejos del mundo en aquella quebrada de los Tilos, entre los tilos y eucaliptos! Era como un aislamiento más en el aislamiento de esta isla. Oscura capa de arbolado reviste las vertientes de la barranca. El rumor del arroyo y el canto de los pájaros son el tic-tac del reloj de la vida. Se siente ganas de quedarse, de quedarse á olvidar... ¿á olvidar? Tal vez más bien á recordar. ¡Quién sabe!... Pero los cuidados le persiguen á uno adondequiera como las erinias, las furias, á Orestes. ¡Hay que volver! ¡Hay que volver,

es decir, hay que seguir viviendo! Mañana espera; espera ese terrible mañana, que es el eterno misterio. ¡No poder quedarse en una de estas quebradas, junto al arroyo, bajo los tilos que forman como una vasta catedral viviente, con sus miles de columnas y su bóveda de follaje; no poder quedarse allí, en un hoy perpetuo, sin ayer y sin mañana!

Tuvimos que volver á Teror, á la villa recogida y plácida, que sueña entre sus montañas.

Y luego, otra vez á Las Palmas, por la polvorienta carretera. En este terreno volcánico, de lavas deshechas, y con lo poco que llueve, las carreteras son singularmente polvorosas. Este polvo ocasiona dolencias de los ojos y estropea un poco, muy poco, las excelentes ventajas del clima. Una carretera cuesta aquí triple que en la Península y su conservación se hace mucho más difícil.

Todo el mundo habla aquí de la explotación del clima, que es, realmente, delicioso. Una de mis satisfacciones egoístas y malignas en estos días es imaginarme el calor que estarán ahora pasando mis convecinos de Salamanca. Aquí, desde que llegué hace ya quince días, apenas se ha quitado el toldo de nubes con que el marpiadoso nos preserva de los furioses del sol implacable. Hay brisa casi continua. Pero hay gentes también que se preocupan de pensar si este tempero constante, si esta eterna primavera, si esta igualdad de clima, no será una de las principales causas, tal vez la mayor y más importante, de este especial enervamiento de espíritu, de esta hemorragia nerviosa, que llaman aplanamiento. Yo, por mi parte, no creo que proceda del clima material ó físico, sino

más bien del clima moral, del estado de los espíritus. Y si se me dijera que el clima moral depende del material, que el estado de los espíritus procede del estado de la tierra, diría que más bien que de la temperatura depende esto del aislamiento geográfico. El aplanamiento, la soñarrera, se curaría merced á comunicaciones más rápidas, más frecuentes y más intensas, sobre todo más intensas, con España y con el resto de Europa y con América. A estas gentes les hace falta, como les he dicho en público, interesarse más por los grandes problemas nacionales, europeos, mundiales, lo cual les desinteresaría de sus pequeños problemas insulares, de sus rivalidades de isla á isla.

Este pueblo de Las Palmas es un pueblo en su crisis de crecimiento, con todos los fenómenos que á ella acompañan; un pueblo que empieza á entrar en la pubertad civil, que apenas si comienza á adquirir conciencia colectiva pública de ciudadanía. Y en el fondo tal vez los efectos de la honda crisis económica que á la del acrecimiento acompaña. Han empezado ya las huelgas de los obreros cargadores—de carbón y de carga blanca—del puerto de la Luz; huelgas que podrán llegar á ser una sacudida en la conciencia pública y que acaso eviten el que esta hermosa ciudad española, henchida de promesas y esperanzas, llegue á ser una gran factoría mediatizada por unas cuantas casas extranjeras. Porque mete pavor en cualquiera corazón de español patriota el oír cómo se habla aquí de *las casas*. Y esas casas tratan á sus obreros españoles, canarios, como acaso se guardarían muy bien de tratarlos si fuese en su tierra. Esta es en dondequiera nuestra desgracia.

Y en tanto, mientras poderosas casas extranjeras, inglesas, alemanas, francesas ó belgas, explotan en nuestra tierra nuestros recursos, están en España los Bancos abarrotados de dinero, y hay quienes se hallan á la espera de cualquier dehesa por vender para comprarla, capitalizada su renta, ¿quién sabe? al tres, al dos ó tal vez al uno. ¿Es que no hay capitales españoles para independizarnos de esa bochornosa tutela económica de los de fuera? Sí, capitales españoles hay, pero lo que hay sobre todo es la singular cobardía del capitalista español.¹¹ En esta tierra de jugadores, raro es el que se decide á arriesgar su fortuna en una empresa industrial ó mercantil. Sobre una carta, sí; sobre un negocio, ¡no!

El cólera, el año 1851, precedido del hambre, fué acaso la primera sacudida del despertar de esta ciudad y con ella de la isla. A toda gran calamidad de esta índole, á toda epidemia, suele seguir un período de actividad, como si se quisiera recobrar energía perdida. Las fuentes de la vida engrosan su ahorro. Y así, aquí se siguió una nueva vida á aquel terrible azote. Vinieron los puertos francos, la construcción del puerto de la Luz, el cultivo de la cochinilla, que inundó de riqueza á la isla, y en tanto se agitaba el viejo pleito de la división de la provincia, la vieja rivalidad entre la ciudad de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife. En 1858 se restableció la división de 1852 entre el regocijo de Las Palmas y la indignación de Tenerife. Pero la guerra de Africa de 1860 hizo que estos isleños olvidaran por un tiempo sus intestinas disensiones. Por este mismo tiempo la cochinilla era oro. Y de

nuevo hizo acallar sus discordias interinsulares la gestación y el estallido de la gloriosa revolución de Setiembre de 1868. El pueblo canario volvió á palpar con las palpitaciones de la madre patria. Todo parecía despertar. Se expulsó á los jesuitas del seminario de Las Palmas, se exclaustró á las monjas de San Ildefonso, y en Tenerife se instalaba en La Laguna una escuela libre de derecho y se expulsaba también á las monjas de la Orotava. Durante el breve período de la república los diputados canarios se comprometieron á proponer y sostener que el Estado (sic) de Canarias se subdividiera en dos Subestados, y, en el caso de que la comisión se opusiera á ello, que turnara la Dieta entre las islas de Tenerife y Gran Canaria. Lo firmaba, en primer lugar, don Nicolás Estévez, el que como poeta tiene por patria la sombra de un almendro muy lejos del cual vive, y D. Fernando León y Castillo, nuestro embajador en París, y el actual gran cacique y amo político de esta isla.

Con la Restauración volvió la soñarrera. Pero durante ella, en 1883, se inauguraron las obras del gran puerto de refugio de la Luz, porvenir de esta ciudad y de la isla toda. Y empezó la verdadera nueva vida.

Durante nuestras tristes guerras coloniales y la otra, la que no debe mencionarse, los canarios mostraron lo acendrado y puro de su patriotismo español.

La guerra del Transvaal fué una fuente de riqueza para esta tierra, como la de Crimea lo fuera para toda España, donde aún se dice: lluvia, sol y guerra en Sebastopol.

Y es ahora, cuando la paz empieza á conso-

lidarnos, cuando vamos curándonos del desangre de Cuba y Filipinas, cuando parece abrirsenos un porvenir en Africa, en esa Africa á que geográficamente pertenecen estas islas; es ahora cuando vuelven á agitar sus intestinas disensiones y renuevan el pleito de la división. Mas no me cabe duda de que cualquier conmoción general de España, cualquier peligro de la patria común, relegaría ese pleito qui mismo al lugar más secundario que le corresponde. El pleito grande aquí es el de hacer ciudad, el de hacer ciudad en esta avanzada de España sobre América y sobre Africa, en esta portada de América para España y para Europa.

Los que alguna vez vengáis á Europa— es decir, no sé si en rigor es desde Europa desde donde ahora escribo—, los que al cruzar el Atlántico os detengáis un momento en este mesón puesto en una encrucijada de caminos de los pueblos, no dejéis de echar pie á tierra en él, y si disponéis de tiempo internaos en la isla. No perderéis el tiempo. Os lo aseguro.

Las Palmas (Gran Canaria) Agosto de 1909.

LA LAGUNA DE TENERIFE

Esta soledad del mar, que por todas partes nos ciñe, es un poderoso sedante, es casi un narcótico. Viene la inmensa sabana líquida palpitante desde el cielo, y viene cantándonos, por sus miles de olas, recuerdos de la aurora del mundo, de muchos siglos antes de que naciera el hombre, recuerdos de antes de que hubiese vida. Y fué él, fué el mar, fué esta eterna esfinge azul de crin de plata, la cuna de la vida. Y él, el mar, ciñe piadoso, con su pecho, á la tierra, su hija, y cuando el sol asalta con sus rayos las montañas, cúbre las el mar, como con un yelmo, con nubes.

E iba yo contemplando desde cubierta cómo pasaban las olas, como pasan por la vida los hombres, é iba pensando en las ambiciones enterradas en el seno de esta fuente de consuelos. E iba pensando que este mar que lo nivela todo, es escuela de igualdad, y es escuela de libertad este mar que rompe toda barrera, dando alas al alma, y lo es de fraternidad al juntar y enlazar los pueblos. Y pensaba qué dulce sería reposar por siempre en su seno tranquilo ,

silencioso—silencioso y tranquilo mientras su sobrehaz ruge y se agita—, reposar allí mientras sus olas cantan nuestra vida.

« ¡ Ya se ve ! ¡ Ya se ve ! », exclamaron unos estudiantes tinerfeños que volvían de vacaciones á sus casas, y apareció á lo lejos una sombra, como niebla oscura y pesada. Y poco después distinguíamos claramente los abruptos acantilados de la isla de Tenerife, surgiendo del mar.

Del mar surgió en un tiempo esta isla, como las otras islas Canarias, en poderosa conmoción, en titánica lucha entre Vulcano, dios de las igneas entrañas de la tierra, y Neptuno, dios de los inmensos mares. Porque estas islas, por tanto tiempo envueltas en la bruma de la leyenda; estos Campos Elíseos, estas Islas Afortunadas, éstas, que algún soñador supuso un resto de aquella antigua Atlántida, de que Platón nos cuenta el mito, y donde reinaban en felicidad y paz los hijos de Neptuno, estas islas fueron un alzamiento volcánico de las entrañas de la tierra, fué como si éstas levantaran su caldeado pecho á que se refrescase en el mar, á ver el cielo.

La leyenda ciñó, durante siglos, á estas islas como las ciñe el mar, aislándolas de la realidad histórica. Ellas vivieron en el mar tenebroso, escondidas á las miradas, y se las creyó habitadas de seres maravillosos. Entre ellas vagaba también aquella fabulosa isla errante de San Borondón, ó San Balandrán, la del santo irlandés que allá, entre los hielos del polo, encontró á Judas, el traidor, que salía cada año, el día de Navidad, del infierno, para ir á refrescarse, en pago de un acto de ca-

ridad que una vez tuvo, abrigando á un leproso con su capa.

Una de las primeras cosas que vi al desembarcar en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, fué un camello. No he vuelto á ver por acá otro. Y pienso que aquel primer encuentro fué un *omen*, un agüero.

Nada he de deciros de Santa Cruz de Tenerife. Sólo que ya allí empezó á impacientarme la lentitud de los hijos de esta tierra. Ya allí empecé á sentir los efectos de la soñarrera, de la dulce modorra del aislamiento.

Me apresuré á subir á la ciudad de La Laguna, á la ciudad de los Adelantados. En el camino os enseñan la casa nativa de D. Nicolás Estévez, y junto á ella el almendro que él, don Nicolás, ha hecho famoso. Pues él cantó, diciendo: « Mi patria no es el mundo, mi patria no es Europa, mi patria no es España; mi patria es una choza, la sombra de un almendro »... etc. ¡ Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro ! Acabará por ahorcarse de él. (1)

En La Laguna, un silencio y una soledad que se me metían hasta el tuétano del alma. En el cielo bruma, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien. Unas calles largas, largas como el ensueño; en el fondo una torre oscura tronchada. Acá y allá, casas con salientes miradores de madera, de celosías, pintados de verde por lo común; unos miradores muy típicos, tras de los cuales se adivina á la dama que espera, que espera desde hace siglos; á la misma dama de los tiempos del Adelantado. En algunos tejados el berode, una planta que parece un pequeño pino. Pero han empezado á

(1) 2.ª ed. de *El Camello* de Unamuno.

quitarla, con lo cual se quita á la vez carácter á la población. Aquellas humildes plantas, que hacen como un bosque diminuto, liliputiense, en los tejados, son algo, á la vez que decorativo, simbólico.

El palacio del obispo, unas cuantas casas salariegas, recogidas y silenciosas allá del siglo XVII, dentro de las cuales deben habitar todavía unas venerables ancianas ceremoniosas, unas tías cargadas de años y de recuerdos. Me han contado que los magos—así llaman aquí á los campesinos—confundían muchas veces con el buzón del correo la ventana baja y enrejada de una de estas mansiones señoriales, y echaban por ella cartas á sus parientes emigrados en América. Un día, al cabo de mucho tiempo, se hubo de abrir el sótano á que daba luz aquella solemne ventana; apareció su suelo sembrado de cartas que debían haber llevado consuelos á América. Desde entonces se le puso un alambrado á la ventana. ¿Y no os dice nada ese sótano de la vieja mansión señorial de La Laguna, guardando en su seno secretos de familias, ruegos, consuelos, reconvenções, quejas, súplicas, la noticia tal vez de la muerte de la madre adorada? Es tal vez mejor que aquellas cartas no llegasen á su destino. ¿Qué más da?

Allí, en La Laguna, en la vieja ciudad de los Adelantados, la de la Universidad en un tiempo, recordaba cuanto en escritores americanos he leído de las viejas ciudades coloniales. Dicen que La Laguna parece una ciudad castellana, y algo hay de esto; algo también de castellano, pero de la Castilla montañesa, tiene el campo sereno que la rodea. Pero hay,

sin embargo, un tono especial que no es precisamente el de las viejas ciudades castellanas. Aquellas calles espaciosas y rectas, aquel despejo, aquel aire de rigodón monástico, algo de ceremonioso, todo aquello en que se adivina una creación señorial del siglo XVII, la diferencia de las rudas viejas ciudades castellanas en que alzan su cabeza indómita torres románicas, donde tal vez persiste algún trozo de muralla romana, donde hay algo de los siglos de reconquista, algo que nos dice de una fe ingenua armada de tizona de combate. La Laguna está vestida de casaca, ó de hábitos de fraile, si queréis.

Alonso de Lugo firmó en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria un contrato en 13 de Junio de 1494, para terminar la conquista de la isla de Tenerife; púsose bajo la protección del duque de Medina-Sidonia, cuyo abuelo, el conde de Niebla, había llevado el título de Rey de las islas de Canaria, y emprendió su empresa. Partió del puerto de Sanlúcar en seis carabelas, llevando 650 peones y 40 caballeros, esperanzados todos con la fortuna que allá, en las islas Afortunadas, les esperaba. Hizo Alonso de Lugo parada en la Gran Canaria, tomó en ésta algunas compañías de indígenas canarios, deseosos de medirse con los de Tenerife, no de otro modo que Cortés se valió de la ayuda de los tlascaltecas para someter á los aztecas, y con este refuerzo y otros abordó á la isla de Tenerife. Abordó á Tenerife con 1.100 hombres de á pie y 50 de á caballo, adoró la cruz y reedificó el torreón derruido por los guanches.

Bencomo, uno de los reyezuelos de éstos, de

aquella brava casta indígena, que debió de llevar en sus venas la sangre misma que hoy llevan los bravos cabileños del Rif, y la misma también de la primitiva roca étnica de España—pues yo me complazco en creer que en el fondo seguimos los españoles todos, y más nosotros los vascos, siendo berberiscos—. Bencomo, ufanado con anteriores triunfos, bajó al valle de la Laguna. Uniéronsele Acaimo, Tegueste, Cebansuy y su hermano Zinguaro, con sendos contingentes. Alonso de Lugo, por su parte, dejando en la torre de Santa Cruz á los canarios, se puso en marcha y llegó al vaile. Lo mismo que hacía Cortés hizo Lugo, y fué enviar por un lenguaraz ó truchimán mensaje á Bencomo para que se rindiera, ahorrando una batalla. Rechazólo Bencomo, no de otro modo que Guatimocin. Y se trabó un combate del mismo género de aquellos combates de que nos dice Bernal Díaz del Castillo, el inmortal cronista del inmortal Cortés. Los mosquetes y las ballestas de los castellanos abrían sangriento surco en las filas de los desnudos guanches, que, lanzando alaridos, defendían con piedras y palos su salvaje libertad. Y luego entraba en lucha el caballo, este monstruo que tanto pavor puso siempre en los pobres indios. El resultado de semejantes combates era casi siempre infalible. No les era posible á aquellos pobres indígenas resistir la superioridad de armamento, de disciplina y de ciencia militar de los castellanos. Pero al menos vendían cara su selvática independendencia.

Pocas cosas hay más melancólicas que la lectura de los relatos de estos combates de los conquistadores con las indiadas. Hace pocos días

aún, aquí en estas islas, leía el relato que hace Prescott de la batalla de Otumba y se me llenaba el alma de tristeza. Como se llenaba de tristeza también al leer en los periódicos el relato de cómo ahí, en el Rif, barrían nuestros cañones las filas de los pobres y bravos berberiscos. Y es, sin embargo, merced á esto cómo ha podido asentarse el reinado de la razón y de Cristo. La marcha de la civilización está sembrada de tristezas. No, no es dable construir sino sobre ruinas, y á las veces cabe la duda de si no hubiera sido mejor el otro camino, el que dejamos.

Y después de todo, el español casi nunca ha exterminado las razas indígenas de aquellos pueblos que ha conquistado, sino que se las ha asimilado, se ha fundido con ellas; el español ha formado en dondequiera pueblos de mestizos. Y aquí, en estas islas Canarias, no exterminó á los guanches, sino que se fundió con ellos, fusión tanto más fácil cuanto que probablemente no eran, en el fondo, sino ramas de un mismo tronco, del tronco berberisco ó del norte de Africa, modificado aquí y ahí por alguna otra mezcla. Los guanches fueron absorbidos y fueron bautizados. Eran españoles sin saberlo y antes que España viniese á turbar su secular siesta. Y no sería difícil, rebuscando viejas memorias, venir á dar con la Malinche, con la doña Marina de Canarias, como aquella otra que enamorada de Cortés le siguió en su carrera de gloria, coronando esta carrera de sangre con un nimbo de piedad y de poesía. Aquella noble esclava azteca que los jefes tabascos dieron á Cortés, aquella pobre virgen á quien vendió su madre, aquella que sirvió al conquista-

dor, más bien que de intérprete de lengua, de intérprete de espíritu; aquella, «hermosa como diosa», según Camargo, la que puso en comunicación á Cortés con Moctezuma primero, con Guatimocín después, la que fué el ángel tutelar del caudillo, la que descubrió la conspiración que contra él tramaban los de Cholula, la que le dió un hijo, un hijo desgraciado; la que, al volverse á encontrar con la madre que la vendiera la perdonó, porque no había sabido todo el bien que le había hecho; esta Malinche es una realidad histórica, pero es un símbolo también. Y por ser un símbolo tiene tan honda realidad. ¿No hay alguna Malinche guanche? Sí, debió de haber varias.

Y volviendo á éstos, á los guanches, Bencomo y sus huestes tuvieron que abandonar el campo de La Laguna. El pobre Tinguaro fué muerto al entregarse, se le cortó la cabeza por orden de Lugo y clavada en una pica se la hizo servir de terrible amonestación á los isleños. Dicen que en esta batalla murieron 45 españoles y 1.700 guanches. Nunca fueron nuestros cronistas muy fuertes en estadística. Calculaban á ojo de buen cubero.

Después de esta batalla fué Alonso de Lugo reduciendo el país, hasta que el 29 de Septiembre de 1496 dió fin á la conquista de Tenerife. En Abril de 1497 salió del lugar de los Realejos, trasladándose á la vega de la Laguna, lugar escogido para fundar la capital de la isla, y de las islas todas durante mucho tiempo. Se echó su trazado, y en 20 de Octubre eligió Lugo seis regidores y dos jurados y se redactaron unas ordenanzas. El obispo, D. Diego de Muros, recibió una donación de terrenos; echá-

ronse los cimientos del convento franciscano de San Miguel de las Victorias—pues el día de San Miguel se remató la conquista—y á los frailes agustinos se les cedió terrenos para otro convento, que fué la cuna de los estudios universitarios del archipiélago. Y así, desde la fundación misma de la ciudad de la Laguna adquirió el carácter conventual que la distinguió más adelante.

¡Lo que sería luego la vida en esta ciudad colonial en aquellos siglos XVII y XVIII, y aun á comienzos del XIX! Tertulias en los conventos y en las casas señoriales, chocolate á media tarde, monjas reposteras, eternas conversaciones sobre el último caso en que el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición entendiera, y de noche tal ó cual aventura galante. Una vida de singular lentitud, de marcha de gavota, ceremoniosa por fuera, mas no sin sus pasiones por dentro. Porque esta vida de rutina conventual y señorial no doma las pasiones, sino que más bien las azuza. Sobre todo, la envidia. Las pequeñas rivalidades se exacerban y las discusiones por un punto de erudición, por una minucia, adquieren una especial y específica venenosidad.

Esa existencia uniforme, siempre igual, se vería diversificada por tales y cuales fiestas señaladas por el calendario. Esto da una cierta novedad, ya prevista, á la vida. Cada año se espera tal ó cual festividad, y sucede lo que sucede á los niños que gozan con estas novedades ya previstas, con esta especie de sistematización de lo imprevisto. Hasta las sorpresas se preparan. Y es la necesidad del cambio.

En las fiestas de Navidad coloquios, respon-

sorios y autos celebrados en los templos, entre músicas regocijadoras, coplas picarescas y diálogos truhanescos. Y tal vez escándalos y excesos, como los que en la Navidad de 1791 hubo en Santa Cruz de Tenerife, en que el pueblo comió y bebió en el templo, bailando y arrojándose unos á otros manzanas y castañas. Frailes jóvenes que arrojaban sus hábitos y con vestidos seculares entonaban coplas subidas de color, y hombres y mujeres ebrios, que sentados en los altares brindaban por el nacimiento del Niño Dios. ¡Harto tenía que hacer el Santo Oficio!

Y no era el demonio precisamente el que les inducía á esos excesos; era más bien la monotonía de la vida, la soñarrera del aislamiento. Aunque ésta es un demonio, y de los más calificadas.

Y seguía la ciudad su pausada existencia, incubando modorras y pequeñas pasioncillas, entre tertulias y aventuras, recibiendo siempre, aunque tarde y de lejos, la influencia del movimiento general europeo. Porque las sacudidas espirituales de la segunda mitad del siglo XVIII, la labor de los enciclopedistas, todo lo que preparó la gran Revolución, no dejaba de llegar, bien que amortiguado y tardío, á los más apartados rincones. Y á esta ciudad colonial de los antiguos Adelantados no dejarían de introducirse, de contrabando, aquellos libros vitandos, ni dejarían de ofender los oídos de sus reverendas paternidades proposiciones escandalosas, si es que en los corazones mismos de los buenos padres no hallaron cabida algunas perniciosas sugerencias del dragón infernal.

España empezó á agitarse después de la guerra de la independencia, y esta agitación venía á romper en estas islas. El grito de Riego en Cabezas de San Juan, el día primero del año 1820, no se hizo público en Canarias hasta el 20 de Abril; tardó, pues, más de cuatro meses en llegar acá.

Poco después empezaron las luchas por la capitalidad de las islas, luchas que todavía persisten. La rivalidad entre Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas absorbe una buena parte de la energía espiritual de estos isleños; energías que podrían encauzar por canales más productivos. Y ello no es en mucho sino una consecuencia de aquella vida lenta, conventual y señorial, de tertulias caseras ó monjiles, de fiestas de calendario, de siestas y de pasatiempo, en que se aguzan todas las pequeñas pasiones, y entre ellas la vanidad y la celotipia.

Todo este país está cambiando profundamente; ha recibido profundas conmociones, la mayor acaso, el cólera de 1852, que tan hondas huellas dejó en el cambio de su vida. Ha desaparecido el traje monjil de las señoras, de manto y saya negras, pero aún dicen: «voy á gozar» cuando se dirigen á la iglesia, por lo menos algunas de espíritu rancio y arraigadas en tradiciones.

Hoy tiene la ciudad de La Laguna, como resto de su antiguo esplendor, además del obispado de Tenerife, uno de los dos de las islas, el instituto de segunda enseñanza de estas mismas islas. Ocupa el local de un antiguo convento, y en donde estuvo algún tiempo la Universidad canaria. Es un rincón de singular sosiego, un remanso de quietud que solicita al

estudio—al estudio, sí, pero, ¿por qué no decirlo? también á la siesta—, una isla de espíritu. El patio es un encanto. Allí, en aquel retiro, ¿quién no se decidiría á escribir una larga, muy larga, y minuciosa, muy minuciosa, crónica contando las mil pequeñeces de aquella vida soñolienta y larga, tal cual se pudiera ir sacando de viejos archivos y de la enmohecida memoria de algunas venerables señoras? Porque de esas mil pequeñeces consta la vida, la verdadera vida, y acaso es todo eso mucho más hondamente humano, y, desde luego, más eterno, que el resonante y teatral tumulto de las campañas napoleónicas. Chismes de tertulia de convento ó de mansión de marqués, aventura galante en el recodo de la calle, al pie de la celosía, ó tal vez en un rincón del templo mismo, una discusión sobre un dato de historia... ¡y qué de pasiones debajo de todo esto!

Allí cerca levantaba á las brumas del cielo la nevada cabeza el gigantesco Teide y en sus entrañas se agitaban los fuegos de las entrañas de la tierra. Y de ordinario nada señalaba estos fuegos volcánicos, como no fuese una columna de humo, siempre igual, siempre mansa, siempre rutinera, que iba á perderse en las brumas, en las brumas del ensueño.

Las Palmas (Gran Canaria) Agosto de 1909.

TRUJILLO

Tres días de vacaciones; el último de Octubre y los dos primeros de Noviembre... La cosa está clara; á huir de la ciudad y de sus cuidados, á respirar aire de campo libre, á correr tierras, villas y lugares. Y me fui primero á Béjar, la ciudad industrial á la que voy regularmente, por lo menos una vez cada año, y en ella refresco mi vista reposándola en la pureza de la nieve de la sierra. En aquellas alturas de silencio y libertad, protegidas ahora por el manto de la nieve, pasé una noche inolvidable. Y Béjar todo está ya para mí poblado de recuerdos; he dejado en él ya muchas horas de mi vida.

Desde Béjar bajamos á Extremadura, en busca de mejor temple de aire. El día desapacible; anchos nubarrones y á ratos llovizna fría. Devoraba el auto la carretera, por entre frondosos castañares, á la vista de la enhiesta sierra nevada. Se abrió ante nuestros ojos la serena extensión de Extremadura, la tierra de las dehesas, de los vastos encinares, de las majadas y de los rodeos.

Entre peñascos revestidos de verdura, mirándose en el Jerte, alza Plasencia las moles

de sus antiguos castillos y en el centro la fábrica de su inconclusa catedral. La rodeamos, siguiendo la ronda de su carretera, dejándola en su secular siesta sólo interrumpida de tiempo en tiempo por las intestinas disensiones de su belicoso cabildo, luchas de canónigos que ponen en conmoción al pueblo entero. Y alguna vez un proceso célebre como aquel del muerto resucitado que dió pábulo largo tiempo á estas imaginaciones embohecidas. Si no hay muerto resucitado, ni batalla de canónigos, ni eclipse, ¿qué van á hacer? Jugarse el dinero, que es su manera de matar el tiempo y la vida.

Allá quedó Plasencia, entre sus verdes riscos, y nosotros cruzando dehesas. Desfilaban á nuestro lado solemnes encinares, henchidos de reposo, y de cuando en cuando los alcornoques despojados de su corcho nos mostraban su rojo tronco desnudo, como cuerpos desollados de sufridos San Bartolomé vegetales. Alguna vez el auto levantaba una bandada de perdices; otras tenía que refrenar su marcha para que nos abriese paso un rebaño de ovejas. Y los pastores nos miraban pasar con los mismos ojos tranquilos, inasombrados, con que sus ovejas nos miraban. Probablemente pensarían unos y otras lo mismo de nosotros y de las maravillas de la mecánica. Son los mismos pastores á que dirigió su eterno discurso nuestro señor Don Quijote. ¿Y si hoy volviese Don Quijote en auto? ¿Cómo le recibirían?

La hostilidad de arrieros, carreteros y trajinantes al auto es evidente. Les obliga á ir despiertos por los caminos, á no dejarse dormir sobre sus carros, y una de las peores ofensas que á un español puede hacerse es interrumpirle la siesta, obligarle á andar despierto por los caminos de la vida. Natural es, pues, que estos caminantes durmientes aborrezcan el auto. Para ir de Plasencia á Trujillo hay que cruzar el río Tajo, y se le cruza por el puente llamado del Cardenal, junto á la confluencia del Tajo con el Alagón. Hermoso rincón de nuestra España este del Puente del Cardenal, y muy característico. Corre el Tajo por su abrupta hoz que unas veces se cierra en riscosa canchada y otras se abre en apacibles vegas. Entre aquellos peñascos crecen las madroñeras que nos brindan su salvaje fruto, y las jaras que perfuman el ambiente. Muy cerca del puente atravesamos las Portilleras, unos enhiestos peñones donde los buitres hacen nido, que dejan entre sí paso al cauce del río. Los buitres se ciernen solemnemente sobre las corrientes aguas. Y allí encima, encaramado entre torres y riscos, se yergue la ermita de Monforte, nombre que el pueblo ha alterado en Monfray y Manfray. Estaba el antiguo castillo, las ruinas que de él quedan, envuelto en niebla. El Tajo se perdía á nuestra vista entre los recodos de las montañas que le hacen lecho, de esas montañas en que se resuelve, al romperse por la acción secular de las aguas, la meseta castellana.

Un río es algo que tiene una fuerte y marcada personalidad, es algo con fisonomía y vida propias. Uno de mis más vivos deseos es el de seguir el curso de nuestros grandes ríos, el Duero, el Miño, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir, el Ebro. Se les siente vivir. Cogelos desde su más tierna infancia, desde su cuna, desde la fuente de su más largo brazo, y se-

guirlos por caídas y rompientes, por angosturas y hoces, por vegas y riberas. La vena de agua es para ellos algo así como la conciencia para nosotros, unas veces agitada y espumosa, otras alojada de cieno, turbia y opaca, otras cristalina y clara, rumorosa á trechos. El agua es, en efecto, la conciencia del paisaje; en el agua, cuando queda quieta y serena, se reflejan los árboles y las rocas, en el agua se ven como en espejo, en el agua se desdoblán, adquieren reflexión de sí; el agua es, repito, la conciencia del paisaje. Donde hay agua parece el paisaje vivo. Y el agua del río es conciencia viviente, conciencia movediza.

¿Hay algo que mejor simbolice la vida de un hombre que la de un río, desde que brotando de una fuente entre montañas va á morir en otro río ó en el mar?

*Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en el mar
que es morir,*

como cantó Jorge Manrique en sus inmortales coplas.

Tiene el río su infancia, su adolescencia, su madurez, su vejez y su muerte; tiene sus horas de angustia y de tormenta, sus horas de descanso, sus horas de desfallecimiento. Yo que he visto al Tajo cuando próximo á morir ensancha enormemente su pecho, allá en Lisboa, para recibir en él las aguas en que va á confundirse, para llenarse de mar antes de en el mar perderse, le veo aquí abrirse paso valientemente, luchando á brazo partido, rompiendo peñascos, por entre las Portilleras. ¡Bravo luchador! Bien merece aquella su augusta y ma-

jestuosa muerte, aquella su imperial desembocadura de Lisboa. Y ¡qué llena de enseñanzas esta vida tormentosa y brava, de recio luchador, desde que pasa al pie de la imperial Toledo y se abaja después bajo las horcas caudinas del majestuoso puente romano de Alcántara—una de las mayores hermosuras que en España pueden verse—y entra en Portugal á morir rindiendo sus fatigadas aguas al Atlántico!

Dejando á la espalda el Tajo fuimos á dormir á una finca en medio del campo, entre las encinas. Uno de esos sueños como sólo en el campo, en lo hondo del silencio, cabe gozarlos. El sol entró á despertarme á la cama. Y á la tarde emprendimos nuestra marcha á Trujillo.

Trujillo, la cuna de los Pizarros, la patria de los conquistadores. Fué esta bravía y recia Extremadura la que más nutrió con sus hijos las filas de aquellos legendarios aventureros que desde el fondo de estas sierras y estos campos, sin haber nunca visto el mar, que cae lejos de aquí, se lanzaron á cruzar el mar para ir á la conquista del Eldorado, sedientos de oro y de aventuras. El que no conozca algo de estas gentes, apáticas al parecer, violentas y apasionadas en el fondo, mal puede explicarse aquella nuestra epopeya.

Se ha llamado á los extremeños los indios de España, aludiendo á su braveza. Y bravos y extremosos son, en efecto. La braveza que los Pizarros mostraron en las armas mostró Donoso Cortés en la oratoria, y en la poesía Espronceda. He llegado á suponer que el paludismo, azote de esta tierra extremeña, es el que ha modelado el carácter de estas gentes. Les ha

hecho irritables á la vez que apáticos; pasan de la inacción de la modorra á una actividad febril, siendo poco capaces de la acción sostenida y lenta. Los veranos son terribles en esta región. El que quiera formarse idea de ello lea en el libro portugués *A Equina*, de Fialho d'Ameida, aquella portentosa descripción de la siega en el Alemtejo—que corresponde en Portugal á nuestra Extremadura—, aquel trozo que es de lo más fuerte, de lo más robusto, de lo más trágicamente sugestivo que se haya escrito en la Península y fuera de ella. Se titula *A ceifa*. Aquello os dará idea de lo que ese infierno del verano extremeño sea.

Dimos vista á Trujillo. La masa de sus torres y sus ruinas se recortaba sobre el cielo, entre las lloviznas. Entre esas torres, la que dicen levantó ó hizo levantar Julio César, pues la más corriente etimología de Trujillo, el antiguo *Turgellum*, es la que le supone derivar de *Turris Julii*, Torre de Julio, etimología ciertamente muy discutible. Pero, en los pueblos, una de las cosas indiscutibles son las etimologías que vienen refrendadas por antiguos historiadores y eruditos, que de esto de etimologizar sabían bien poco, y autorizadas por los eruditos locales. El arqueólogo local—y apenas hay villa y ciudad que no le tenga—es uno de los sujetos más amenos y más dignos de ser conocidos. No me enteré si le había en Trujillo, aunque no puede faltar en él. Ciertamente es también que cuando no me sobran tiempo y humor huyo de tales arqueólogos.

Sin arqueólogo alguno ni más cicerone que un chiquillo cualquiera que topáramos al azar de las calles, emprendimos nuestra visita.

Es Trujillo una ciudad abierta, clara, confortable, regularmente bien urbanizada, apacible y que da una cierta sensación de bienestar de hidalgo campesino. Su plaza ofrece un hermoso punto de vista; casas señoriales, con sus escudos historiados, y entre ellas la que fundaron los marqueses de la Conquista, los descendientes de Gonzalo Pizarro, y torres de iglesias en derredor.

Subimos á visitar la iglesia mayor, la más antigua—no mucho—y de allí nos llevó un chiquillo á las ruinas de un antiguo convento. Por unos infectos pasadizos, sobre un piso de pedruscos, nos condujo, por entre escombreras, á las ruinas de un antiguo claustro. Allí, bajo las ruinosas arcadas, en un rincón, seis hombres se acurrucaban en el suelo en corro. «¿Qué hacen esos hombres ahí?», le pregunté al chiquillo que nos guiaba, y me respondió: «jugar al cané». Nos asomamos luego al saliente, sobre las ruinas de la antigua muralla, y por allá fuera, junto á la muralla, resguardándose algunos de la llovizna con paraguas, otros seis ú ocho hombres se acurrucaban en corro. «¿Y aquellos otros?»; y me respondió: «¿aquellos?, pues jugar también al cané».

Como de la casa natal de Pizarro, si es que se sabe dónde naciera, no quedan ya sino informes ruinas, fuimos, pasando al pie de unos peñascos revestidos de chumberas ó nopales—lo que me recordó á Méjico, y Hernán Cortés, otro extremeño—á ver el casino. El casino es lo que hay que ver en estas ciudades y villas extremeñas; el casino es un verdadero hogar colectivo, en el casino es donde se les conoce. El extremeño de los pueblos es, sobre todo,

casinero. No se concibe lugar extremeño sin su casino, adonde concurren los señoritos de estos pueblos, señoritos ociosos.

En el casino nos mostraron primero la biblioteca, una biblioteca pobrísima, cuyo catálogo podría hacer de memoria después de no haberle echado sino un vistazo. El inevitable Diccionario Enciclopédico, que sirve para dirimir las cuestiones con apuestas; la colección de Autores Españoles de Rivadeneyra, y los volúmenes de dos ó tres de esas llamadas *bibliotecas*, generalmente ilustradas, que se publican en Barcelona; volúmenes que tal ó cual *ilustración* da de regalo á sus suscritores. Es decir, libros que no hay que escoger, pues los dan á uno escogidos; basta decir: «envíenme los tomos todos que vayan publicados de la biblioteca ó colección tal ó cual». En resolución, la biblioteca del casino de Trujillo es la típica biblioteca que no se forma para lectores, sino para visitantes, para que no se diga que en el casino principal de esta población no hay una biblioteca, para que no se nos tenga por incultos. Y sobre la mesa lo único que se lee algo: periódicos diarios y la indispensable *Ilustración Española y Americana*, para ver los santos. En la tal biblioteca no encontramos ni un alma; estaba completamente vacía.

Lleváronnos luego á ver el salón de baile, y para ello tuvimos que atravesar la sala de juego. Estaba llena. Casi todos los socios que á aquellas horas había en el casino se agrupaban en torno del tapete verde. Todos los que saltaban en la biblioteca sobaban aquí. Y recordé los dos grupos del cané.

El juego es el terrible azote de estos lugares,

villas y ciudades de Extremadura: jugar á juegos de azar es la ocupación principal de los hacendados de Trujillo. Y esta pasión del juego, terriblemente absorbente en los extremeños, nos explica en gran parte la epopeya de la conquista. El Perú fué el gran tapete verde en que echaron sus cartas, sangrientas cartas, los Pizarro. El empuje que lanzó á aquellos aventureros á las Indias Occidentales fué el empuje mismo que hoy lleva á sus descendientes á agruparse en torno al tapete verde. Es el ansia de enriquecerse sin trabajo, sin trabajo regular, constante, metódico, aunque haya para ello que pasar hartos trabajos; es el amor no sólo al lucro, sino á la aventura, á la emoción violenta, á las impresiones que el azar nos procura. ¿Quién puede negar que en el alma de aquellos conquistadores, así como en la de estos jugadores, no hay algo más que la sed de oro, que el afán de lucro? Sí, hay también en ellos el amor á la aventura, á lo imprevisto, al azar. Cabe decir que más bien que ser para éstos el juego un medio de ganar dinero, es el dinero un medio de jugar. «El dinero se hizo para jugarlo»; he aquí una máxima extremeña.

¿Y por qué, me he preguntado mil veces, buscan en el juego de azar la natural pasión de la aventura, de la emoción fuerte, de la expectativa, el instinto de lo imprevisto, que no es, en el fondo, sino el amor á la libertad? En el juego se busca salir de la monotonía lógica y rutinaria de la vida, en el juego se busca satisfacer la imaginación. ¿Y por qué en el juego y no en el arte ó en la ciencia ó en la política ó en la acción social? Pues por pobreza de imaginación.

Fué Schopenhauer quien dijo que los tontos, no teniendo ideas que cambiar, inventaron unos cartoncitos estampados para cambiarlos, y que de aquí se originó el juego de naipes. Lo indudable es que el jugador lo es por una mezcla de pasión del azar unido á una gran pobreza imaginativa. Es esta pobreza la que le hace supersticioso. El jugador, por muy diestro que en su oficio de jugar sea, suele ser un hombre pobre de imaginación. Y es pobreza de imaginación, es achatamiento mental, es plétora de sentido común, y del más común, es decir, del más sanchopancesco, lo que arrastra á jugar á estas gentes. Les falta sutileza y finura intelectuales. No discurren mal en las cosas de la vida práctica, pero discurren con un criterio rastrero, bajo, materialista, groseramente utilitario ó egoístamente pasional. No busquéis idealidad en estas tierras de jugadores.

Lo de la imaginación meridional es una de las mayores vulgaridades erróneas que se propagan. Llamán imaginación á la facundia, á cierta viveza externa de expresión. El andaluz sabe administrar su ingenio, por escaso que éste sea; lleva su dinero todo en perras sueltas, en monedas de cinco céntimos, porque así abulta y suena más en el bolsillo. Circulan por Andalucía cien, mil, diez mil ó un millón de chascarrillos, dicharachos y chistes y quién más, quien menos, se saben una buena parte de ellos y colocarlos á tiempo. Pero si el caudal se acrecienta con uno más, tened por cierto que se lo llevarán de fuera, del norte. Los escritores meridionales son de los que han parido menos metáforas nuevas, aunque combinen con soltura las del común acervo, de los menos fecundos en

paradojas, de los menos imaginativos, en fin. Y el extremeño es aún más materialista, más pegado al suelo, más de la tierra que el andaluz. En éste cabe más idealismo verdadero, envuelto en palabrería pseudoidealista, por supuesto, que en aquél. Estudiad bien á Donoso Cortés y veréis cuán vacía es su pompa toda, cuán de aporte y de traducción sus metáforas y sus epifonemas, cuán poco original, cuán poco imaginativo era. Su don era un don verbal.

Y es esta pobreza de imaginación, es este materialismo, es el predominio de la vida fisiológica, es su falta de idealidad—todo lo cual se compadece bien con una cierta dosis, á las veces elevada, de inteligencia práctica para la vida inmediata y el manejo de los intereses—, es todo eso lo que les lleva al juego. Es, digámoslo con su palabra, retardo en la civilización, cuyos más altos ideales son aquí incomprensibles.

Emprendimos el retorno dejando allí, entre sus dehesas, entregado á la modorra, y al juego, á este hermoso pueblo de Trujillo, digno de tener otra alma.

¿Cambiará esta hermosa tierra extremeña? ¿Sabrán sus hijos sacudirse el paludismo espiritual, cien veces más dañino que el del cuerpo, esa ciega y loca y embrutecedora pasión del juego, y elevarse á otro nivel de vida? ¿Albordeará al fin en estos espléndidos campos la verdadera civilización que avanza sin cesar en casi todo el resto de España?

Salamanca, Noviembre de 1909

EL SENTIMIENTO

DE LA NATURALEZA

Es imposible resistirse á las sollicitaciones del ambiente. Tenía ya la pluma en la mano para deciros algo de la ridícula agitación en contra de España que provocó entre la badalquería internacional el fusilamiento del desdichado Ferrer, de quien ha querido hacerse poco menos que un genio, del cierre de las escuelas por él creadas, y que se cerraron, no por anticatólicas, sino por anarquistas, por conspirarse en ellas contra la existencia del Estado—aparte de que, como escuelas, eran detestables; focos de fanatismo, superstición é ignorancia—, de la brutal ignorancia que respecto á las cosas de España reina en el extranjero y singularmente en Francia, de...

Pero afortunadamente, al abrir hoy el número de este diario, correspondiente al 20 del pasado Octubre, me encuentro con un artículo que con el seudónimo *Indio Manso* me dedica y se titula: *El turismo argentino.—Menosprecio por las bellezas naturales del país.* Y me digo para mi capote: «Gracias, amigo Indio Man-

so, muchas gracias; me has librado de una tentación, me has evitado el escribir con irritación, con acrimonia, con dureza, con cierta apasionada injusticia acaso, contra esa taifa de aventureros, anarquizantes, ilusos, fanáticos é ignorantes que están reciamente desacreditando á mi patria por un asunto de que apenas están enterados; gracias, amigo: hablemos de esto otro, que es más elevado, más noble, más grato, y dejemos lo demás para cuando se hayan las pasiones calmado».

Sí, de acuerdo, de perfecto acuerdo con cuanto dice Indio Manso, y voy á corroborarlo.

Sí, amigo, sí, soy y he sido siempre «un gran amante de la naturaleza, en su carácter más verdadero y simple»; prefiero cualquier bravío rincón de montaña á los jardines todos de Versalles, sin que esto quiera decir que no me gusten estos jardines. Sí, en tratándose de naturaleza me gusta toda, lo mismo la salvaje y suelta que la doméstica y enjaulada, aunque prefiero aquélla. En cuanto dispongo de unos días de vacaciones—menos ¡ay! muchas veces de los que me harían falta—me echo al campo, á restregar mi vista en frescor de verdura y en aire libre mi pecho.

Tiene usted mucha razón, amigo; por mucho que París, Madrid, Londres y Berlín nos digan, no nos dirán tanto de «los misterios de la vida como nos lo dice, sabia y generosamente, la madre naturaleza». Pero á ésta hay que aprender á entenderla y á quererla. No está al alcance de cualquiera su más íntimo y recogido lenguaje, ni se llega á penetrar en sus misterios de amor sin algún trabajo.

El sentimiento de la naturaleza, el amor in-

teligente, á la vez que cordial, al campo, es uno de los más refinados productos de la civilización y la cultura. El campesino lo ama, pero lo ama por instinto, casi animalmente, y lo ama utilitariamente. El hambre de tierra, tan característica del labrador, no es lo más á propósito para aprender á amar desinteresada y noblemente á la tierra misma. El que tiene que tener su frente encorvada sobre la esteva del arado no es el que mejor puede gozar de la hermosura del campo. El duro precepto de «ganarás el pan con el sudor de tu frente» dicen las Escrituras que cayó sobre el hombre después de haber sido éste arrojado del Paraíso. Y es con el trabajo como hay que reconquistarlo.

Y es, sin embargo, ese trabajo el que nos ha de enseñar á querer la tierra. El amor desinteresado al campo, el sentimiento de la naturaleza tiene su origen en la utilidad que aquél nos presta. Y aquí permítame, amigo, que le reproduzca lo que en uno de los trabajos que figuran en mi libro *Paisajes* escribí á este respecto. Dice así:

«La belleza es ahorro de utilidad, y el deleite con que la campiña nos regala no es debido, en última inquisición, á otra cosa más que á la oscura reminiscencia subconsciente del alivio que en sus necesidades le debieron nuestros remotos padres y los padres de ellos en rosario de inúmeras generaciones. El intenso gozo animal que experimenta el pobre salvaje sediento al dar con una fuente, y el sobresalto de alegría de la carne toda que al oír á lo lejos su murmullo se le produce, acaba por convertirse, con el rodar de los siglos, en purísima sensa-

ción estética, desligada ya en nuestra conciencia de su utilitario origen. El deleitoso esponjamiento espiritual con que nos regala el ver caer lentamente, cual si se derritiera el cielo sobre la tierra, el extenso manto de la lluvia, á cuyo recibimiento parece dilatarse la llanura, dando luego, como en expansión de gozo y en hacimiento de gracias, más penetrantes sus aromas, ¿es tal deleite nuestro otra cosa que el eco en nuestras conciencias del interesado y carnal placer con que el pastor se deja empar en agua bendita del cielo que le regala una brizna de rica hierba de pasto por cada hebra de lluvia de riego? Así es como el sentimiento estético de la naturaleza, nacido del agradecimiento á los favores que nos hace, sólo se perfecciona y acaba á medida que nos hacemos dueños de esos favores mismos, de los que antes éramos esclavos.»

Y ¿cómo — me digo —, siendo ése un país agrícola y ganadero, procediendo su riqueza del campo, no hay aún más amor del que haya á conocer esa fecunda, pródiga y amorosa tierra?

Para mí no hay paisaje feo. Al llegar acá, á Castilla, cuyos campos representan no poca semejanza con lo que nos dicen ser la pampa, me hablaban todos de la tristeza y fealdad — confunden lo triste con lo feo — de esta campiña sin árboles ni arroyos, y me ponderaban la belleza del paisaje de mi tierra vasca. Y les sorprendía el oírme decir que prefiero este paisaje amplio, severo, grave; esta única nota, pero nota solemne y llena como la de un órgano, á aquella sonata de flauta de tres ó cuatro notas verdes, de un verde agrio. Estos pueblos terrosos, que parecen excrecen-

cias del terreno ó esculpidos en él, me dicen más que aquellas casitas blancas, con sus tejados rojos, que se ve han sido puestas por el hombre en aquellos vallecitos verdes. O la montaña bravía, la de los Pirineos ó los Picos de Europa, ó la llanura. Pero también me gusta recogerme en aquellos mis vallecitos vascos, que atraen y retienen como un nido.

Ese potrero inacabable de que usted, amigo Indio Manso, me habla; esa extensa ilimitada llanura poblada de alambrados y de bestias, haría mis delicias. De seguro que me encontraba allí mejor que entre tantos ciudadanos que no son sino bestias, y sus convenciones y etiquetas, que son alambrados de la peor especie.

Crámelo, soy capaz de estarle horas y más horas bebiendo el encanto de esa monótona planicie y sin necesidad de revistas, ni serias ni jocosas. Me diría la pampa más que las revistas.

¿Que hay que sacrificar veinte horas terribles para conocer la cordillera de los Andes? ¿Y qué? Al que algo quiere, algo le cuesta, dice el refrán, y esas veinte horas han de añadir al encanto del conocimiento. «¿Pero para qué se cansa usted en dar esos paseos?», me preguntaba una vez un campesino, y le contesté: «Pues para gozar luego del descanso; el que no se cansa, no sabe lo que es descansar». «Pero ¿quiere usted subir más arriba?», nos decía otra vez otro campesino; ¿allá? allá no se puede subir; aquel pico es inaccesible; allá no ha subido aún nadie». Y le dije: «De que nadie haya aún subido no se deduce que no se pueda subir y sea inaccesible; vamos, sí, á subir allá». Declararon la empresa imposible, y á

nosotros, que la intentábamos, locos de remate. Y llegamos á la cima y nos vieron encaramados en ella, y al bajar y decirles: «¿Ven ustedes cómo hemos llegado allá, y cómo es posible subir á esa pingorota?», nos contestaron: «¡Otra! ¡Pero pudieron ustedes matarse!...» Y yo repliqué: «Si, pudimos habernos matado, y éste es el mayor encanto de haber subido, el de que pudimos matarnos al subir.»

Bien sé yo que una excursión desde Buenos Aires al Iguazú ó al esrecho de Magallanes no es un paseo á la puerta de casa, y que para llevarlo á cabo hace falta tiempo, salud y pesos; pero por mucho que eso cueste, no creo que cueste más que el ir á dar una vuelta por Suiza. ¿Y á que hay allí más bonaerenses que hayan visitado Suiza que no el estrecho ó las cascadas? No es sólo tiempo, salud y pesetas ó pesos lo que falta; es también sentido de la naturaleza, que cuando no está realizada por el arte, por la literatura, no atrae á los espíritus superficiales. Esa naturaleza no ha tenido aún, como la vieja naturaleza europea, cantores que la prestigien; no es aún suficiente escenario de historia; no está todavía bastante impregnada de humanidad.

Se ha dicho que el sentimiento estético de la naturaleza es un sentimiento moderno, que en los antiguos no estaba sino esbozado, que es de origen romántico, y no falta quien añada que su principal sacerdote fué Rousseau. Alguien, exagerando, ha agregado que á la naturaleza la han descubierto para el arte los modernos, y que á esto ha contribuido: u descubrimiento por la ciencia. Es indudable que la geología, la botánica, la zoología, etc., enseñan á sentir

la hermosura del campo, y es indudable que el sentimiento del campo se ha desarrollado mucho modernamente, á la par que la música, pero no puede exagerarse la tesis. Los antiguos eran poco paisajistas; el paisaje no era para ellos sino un medio para realzar al hombre, pero lo sentían.

Sin remontarnos á la antigüedad clásica greco-romana y resumir todo lo mucho que se ha investigado naciamente sobre el sentimiento de la naturaleza entre los clásicos de Grecia y Roma, es indudable que en el *Quijote* el paisaje no es, como en los cuadros de Velázquez, más que un medio de poner más de relieve al hombre; pero ¿qué sentimiento del paisaje en uno y en otro, en Cervantes y en Velázquez! Virgilio describía pocos paisajes, pero la sensación íntima, profunda, amorosa, cordial, del campo nos la da como nadie. El descripcionismo es un vicio en literatura, y no son los más diestros y fieles en describir un paisaje los que mejor lo sienten, los que llegan á hacer del paisaje un estado de conciencia según la feliz expresión de Byron. Este mismo lord Byron sintió el mar como nadie, y no necesitó largas y prolijas descripciones para comunicarnos su sentimiento. ¿Es que se ha dicho acaso sobre el mar nada más sugerente y profundo que las últimas estrofas del *Childe Harold* y, sobre todo, aquellos tres versos de la estrofa 182 del canto IV y último?

*Unchangeable save to thy wild waves' play;
Time writes no wrinkle on thine azure brow—
Such as creation's dawn beheld, thou rollest
[now.]*

Esto es: «Incambiable excepto al juego de tus salvajes olas; el tiempo no traza arrugas en tu frente azul; ruedas hoy tal como te vió el alba de la creación».

Y en cambio, sostengo que Pereda, nuestro novelista montañés, tan hábil y afortunado en describir el campo, apenas si lo sentía. El mismo me confesó que gustaba muy poco del campo. Y esto lo había yo adivinado al ver lo poco panteístico de su sentimiento, la dificultad con que convertía sus estados de conciencia en paisajes y los paisajes en estados de conciencia. No comulgaba con el campo; permanecía frente á él, separado de él, viéndole con ojos de presa, con ojos perspicaces; viéndolo muy bien, con perfecto realismo, pero sin confundirse con él.

«La montaña es amada y bien querida por todos los que queremos vivir grande, generosa y humanamente. Nunca he creído ni creeré jamás que á los ignorantes y egoístas les guste la altura. En las mismas condiciones están los débiles de espíritu». Bien, muy bien, amigo Indio Manso, muy bien dicho: así, así es. ¿No conoce usted el estupendo *Obermann* de Sénancour, sobre quien acaba de escribirse un libro interesantísimo? (*Sénancour, poète, penseur religieux et publiciste, par M. Joachim Merlant*, á cuyo propósito puede usted ver el número del 10 de Septiembre de este año de la *Revue des Deux Mondes*.) La terrible tragedia íntima de *Obermann* acaso le haga á usted recular, tal vez le moleste la tremenda monotonía de su desesperación; pero en ese libro apocalíptico, en ese libro que es una de las cosas más profundas que han brotado de pluma de hom-

bre, encontrará expresado el sentimiento de la montaña como acaso no se ha expresado mejor. Y de ese libro es aquella frase de: *Je ne saurais vous donner une juste idée de ce monde nouveau, ni exprimer la permanence des monts dans une langue des plaines*. «No sabría daros una justa idea de este mundo nuevo, ni expresar la permanencia de las montañas en una lengua de las llanuras». ¿Cabe, en efecto, expresar los sentimientos que la montaña despierta en una lengua hecha por hombres de los llanos y para ellos? ¿No hay un idioma de montañeses y otro de llaneros, como hay una especial fonética para ellos?

¿Tiene la lengua del hombre de las pampas frases para expresar la hermosura de los Andes? Tal vez, á pesar de lo que Sénancour dijo y yo acabo de apoyar, las tenga, pues toda hermosura es traducible en otra.

La pintura que nos hace usted, amigo Indio Manso, de un asalto á la montaña, es acabada; reconozco en ella á un hermano en sentimientos. Y si yo llego á ir por esas tierras, ó mejor dicho, cuando yo vaya por esas tierras, me daría por muy satisfecho si le tuviese de compañero de uno de esos asaltos.

Sí, así es, como usted lo dice: se echa el alma entusiasmada por los oídos, y todo lo demás es como usted lo describe. Muy bien, muy bien. Y cierto, muy cierto, que la cima es el principio de la ascensión, que desde ella nos lanzamos «á alturas infinitas, por donde mundos ignorados giran constantemente á través de los espacios siderales».

Hermosa, hermosísima, sublime, la montaña; pero dígame, amigo, y la llanada ¿no es

toda ella cima? ¿No ascendemos también desde ella á los espacios infinitos? Esta meseta de Castilla es toda ella cima, y permítame que otra vez más vuelva á citarme, y ahora va á ser en verso. En la introducción á la sección titulada *Castilla*, de mis *Poestas*, he dejado escrito:

*Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en tí cuna el sol, y en tí sepulcro
y en tí santuario.*

*Es todo cima tu extensión redonda,
y en tí me siento al cielo levantado;
aire de cumbre es el que se respira
aquí, en tus páramos.*

*Ara gigante tierra castellana,
á ese tu aire soltaré mis cantos;
si te son dignos bajarán al mundo
desde lo alto.*

Triste, tristísimo, que se venga á ver Europa, á correr por fondas y hoteles, á hacer el oso en los bulevares de París, á aburrirse en sitios célebres, sólo para poder decir que los han visitado, tantos y tantos argentinos—y quien dice argentinos dice chilenos, peruanos, colombianos, etc., que no conocen las hermosuras naturales de su tierra nativa, que no vieron los Andes, los valles patagónicos, el Neuquen, los fiordos de Magallanes, las cascadas del Iguazú.

Y, dígame, amigo, ¿no hay por ahí sociedades de excursionistas? ¿No se les ha ocurrido

organizar la afición, hacer propaganda, dar conferencias con aparato de proyecciones, procurar comodidad y baratura en los transportes? Aquí funcionan algunas de esas sociedades, publican sus boletines, en que nos dan á conocer bellezas de paisaje y arquitectónicas, y algo se consigue con eso. ¿No hay por ahí algo análogo? ¿No daría resultado?

Otra de las cosas que contribuyen hoy aquí á desarrollar la afición al campo y al goce de las bellezas de la naturaleza, es el automóvil. El deporte automovilista ha llevado á muchos á conocer campiñas y rincones que antes ignoraban, ha hecho que muchos empiecen á descubrir España. Desde que empezó esto de los automóviles hay deliciosos rincones de paisajes, hay escondidas joyas de arquitectura, que empiezan á ser conocidos de algo más que de especialistas y de intrépidos aficionados. ¿Quién iría, á no ser por él, á ver, pongo por caso, el interesantísimo templo de San Miguel de Escalada? Yo he hecho una excursión de treinta kilómetros desde Zamora, por caminos muertos y en coche—y á no haberseme ofrecido coche, la habría hecho á pie, como he hecho otras muchas—, nada más que para ver el antiquísimo templo visigótico, uno de los más antiguos de España, de San Pedro de la Nave, en un recodo de la hoz del Esla, paraje de encantadora soledad y de austero y cenobítico recogimiento. Si pudiera bajarse en automóvil los escabrosos *resayos* de los *arribes* del Duero, ¡cuántos no irían á visitar las ruinas del cenobio franciscano de La Verde, en jurisdicción de Aldeadávila de la Ribera! Yo he bajado allá dos veces, á pie, por escarpados y